

LAS TRES HERMANAS.

(Continúan las Memorias de Doña Juana.)

TREINTA años habian trascurrido; Doña Violante de Albornoz habia muerto, y Don Felipe de Carbajal vivia tranquilamente en México con tres hijas que habia tenido en su matrimonio, y que se llamaban Doña Isabel la primera, á quien se puso este nombre en memoria de la desgraciada madre de Don Felipe; Doña Violante, llamada así por la esposa de éste, y Doña Leonor la tercera.

Las tres jóvenes eran un prodigio de hermosura, y todos los galanes de la ciudad habian pretendido ser admitidos en la familia, pero solo Doña Isabel se habia casado con un primo suyo recién llegado de España, y que se llamaba Don Nuño de Carbajal.

Don Nuño era todo un cumplido caballero, y además, su boda habia sido á satisfaccion de Don Felipe, porque no teniendo hijos varones, veia así perpetuarse el apellido de su familia.

Antes de casarse Doña Isabel, habia pretendido su mano

un joven criollo, pero de muy mala reputacion, llamado Don Baltasar de Salmeron; pero fuese por su mala conducta ó porque era excesivamente joven en la edad, aunque ya hombre en sus vicios y en sus pretensiones, Doña Isabel jamás le hizo aprecio y se unió á Don Nuño.

Don Baltasar juró vengarse, y lo cumplió fielmente.

El año de 1573, Doña Isabel dió á luz una niña que colmó de felicidad á la familia, y á esa niña le pusieron por nombre Juana, y esa niña, hija mia, era yo.

Tanto mi madre Doña Isabel como sus dos hermanas, tenían en la espalda la mancha roja en figura de llama, que yo y tú tenemos; pero ya ninguno de la familia creia en la prediccion de la bruja que habia interpretado aquella mancha como la marca del fuego y como señal de que moriria en la hoguera el que la tuviera; aquella mancha era ya para nosotros como el distintivo de la familia.

Don Baltasar no dejaba de rondar la casa, persiguiendo á mi madre con su tenaz amor, por mas que se viera despreciado, y ya mi padre le habia reconvenido, sin conseguir otra cosa que repetidas protestas de enmienda.

Tendria yo un año de edad, cuando un dia, la nodriza que me cuidaba entró pálida y llorosa á la estancia en que hablaban con mi abuelo Don Felipe de Carbajal, mi padre, y mi madre.

—¿Qué ha sucedido con mi hija?—dijo Doña Isabel espantada al mirarla llegar.

—Señora, unos hombres me la han arrebatado.

Mi madre dió un grito, y se levantó como una loca, seguida de su padre y de su marido.

Todo el mundo se puso en movimiento; los criados y los esclavos de la casa, los amigos y los parientes, todos recorrian la ciudad, pero en vano.

Tres días pasaron en inútiles pesquisas, y mi madre se moría de dolor.

Al cuarto día un hombre le entregó en la calle una es-
quela que decía:

«Reservada.—A Doña Isabel de Carbajal.»

«Si os agradara tener *noticias ciertas* de vuestra hija, os las podría dar, con tal de que esta tarde á las cuatro vinié-
seis *sola, enteramente sola*, á una casa que está á la izquier-
da de la capilla de los Mártires.

Os advierto que si *alguien sabe esto*, ó venís acompaña-
da, *jamás volveréis á oír hablar de vuestra hija*.—Os besa
los piés,

«UN ANTIGUO CONOCIDO.»

Doña Isabel rompió aquella carta y se puso á reflexionar.

Indudablemente se trataba de atraerla á un lazo; la per-
sona que le escribía manifestaba tener depravada intencion:
¿pero qué hacer? ¿podía temer algo? Tratándose de su hija,
una madre se cree con valor para arrostrar cualquier peli-
gro por un hijo.

Doña Isabel determinó acudir á la cita; guardó secreto,
y á las cuatro de la tarde, con pretexto de ir á la iglesia,
salió á la calle.

A pesar de su resolución, temblaba al acercarse á la ca-
sa, pero no vaciló; iba á llamar, cuando se abrió la puerta,
y un hombre enmascarado la hizo entrar.

El enmascarado cerró perfectamente y echó á andar, di-
ciendo á Doña Isabel:

—Seguidme, señora, y no temáis.

Llegaron así hasta una gran cámara en la que había varios
sitiiales antiguos y maltratados; el hombre hizo sentar á Do-
ña Isabel y se sentó también.

—Bien sabia yo, señora, que vendríais esta tarde—dijo.

—Pero decidme, ¿en dónde está mi hija?

—Calma, calma—contestó el enmascarado—os lo diré, y
lo que es mas, os la volveré.

—¿Con que vos la teneis? ¡Ah, cuánto os lo voy á agra-
decer!

—Sí, hablaremos ante todo; supuesto que yo no corro
peligro alguno, me descubriré, que el antifaz me incomoda.

El hombre se quitó el antifaz, y Doña Isabel se levantó
espantada; habia reconocido á Don Baltasar de Salmeron.

—Supuesto que me conoceis ya, no necesito deciros el
precio que exijo por el rescate de vuestra hija—dijo Don
Baltasar con espantosa calma.

—Dejadme salir—dijo Doña Isabel.

—Entended, señora, que esto no ha sido un juego; no sal-
dres de aquí, sino muerta, ó con vuestra hija; ¿comprendeis?

Doña Isabel volvió los ojos por todas partes, y estaba
sola, enteramente sola: entonces se arrepintió de haber acu-
dido á la cita.

* * *

Don Nuño y Don Felipe de Carbajal estaban verdadera-
mente desesperados: Doña Isabel habia desaparecido de su
casa, y en quince dias no se habia tenido de ella ni la me-
nor noticia.

En la ciudad se hacian mil comentarios, y lo mas valido
era que la madre en su desesperacion, se habria tal vez sui-
cidado arrojándose á algun canal.

La familia toda estaba de duelo, Doña Violante y Doña
Leonor no salian de sus cámaras, y no se atrevian ni á
preguntar por su hermana, esperando á cada momento te-
ner una noticia funesta.

Llamaron una noche á la puerta de la casa, y el portero asombrado miró entrar á Doña Isabel, pálida y estenuada, con los vestidos desgarrados y manchados de sangre en algunos lugares.

Doña Isabel subió precipitadamente las escaleras y se arrojó en los brazos de su padre.

Don Nuño llegó entonces, y la pobre dama le dijo con un aire de profunda desesperacion:

—Nuño, nuestra hija estará aquí mañana, pero somos muy desgraciados.

—Expíciate, expíciate, Isabel, que me espantan tus palabras.

—Sí, me explicaré, me explicaré—contestó Doña Isabel—aunque me cause la muerte: oid, padre mio, oid vos tambien, y vengadme.

Y Doña Isabel contó entre sollozos cuanto le habia ocurrido, sin ocultar ni una palabra; habia querido matarse golpeándose contra las paredes, pero la habian contenido; habia querido matarse de hambre, y habian abusado de su languidez cuando no podia resistir, cuando estaba casi desmayada, y entonces la habian arrojado á la calle prometiéndole como un consuelo enviarle á su hija.

Don Nuño y Don Felipe se dieron una mirada significativa, despues de haber escuchado con estupor aquella relacion.

—Cálmate, Isabel, cálmate, hija mia—dijo Don Felipe;—eres la víctima de un crimen, tu conciencia debe estar tranquila.

—¡Padre mio!—contestó Doña Isabel abrazándolo y llorando sin consuelo.

—Isabel—dijo Don Nuño—no tengo yo de qué perdonarte, una desgracia: inmensa ha caído sobre nosotros; yo te

vengaré, y ante todo es preciso guardar el mas profundo silencio; el secreto es ahora mi honra, Isabel: procura disimular, que nadie comprenda nada; veremos cómo se explica tu desaparicion y tu vuelta.

—¡Oh, Nuño! ¡qué generoso eres, y yo qué desgraciada! ¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me abandonaste? ¿por qué me abandonaste?—decia la pobre mujer retorciendo sus brazos con desesperacion.

—Isabel—dijo Don Felipe—recuerda que tienes una hija y que mañana debe estar aquí.

—Ese hombre es capaz de engañarme, porque es capaz de todo; vos no le conocéis, padre mio.....

En este instante sonaron en el zaguan tres golpes, y Doña Isabel espantada se refugió en los brazos de su marido. Se oyó despues abrir la puerta y luego pasos de muchas personas que entraban.

Don Felipe se adelantó para ver quiénes eran, y descubrió una multitud de familiares del Santo Oficio, á la cabeza de los cuales venia un comisario.

Estaba entonces recién establecido en México el tribunal de la Inquisicion, y aun no habia celebrado su primer auto de fe.

Esto pasaba en 1573, y era el primer inquisidor Don Pedro Moya de Contreras, que despues fué nombrado arzobispo de México y virey de la Nueva-España.

A pesar de todo, la Inquisicion era ya el espanto de todas las naciones en donde se tenia noticia de sus crueldades y de su modo de proceder.

Don Felipe se estremeció, comprendiendo que una nueva desgracia le amenazaba.

El comisario del Santo Oficio llegó hasta la estancia en que estaba Doña Isabel, y dijo con voz solemne:

—Doña Isabel, Doña Violante y Doña Leonor de Carbajal, ¿dónde están?

—Aquí estamos—contestaron las dos hermanas, que habían llegado atraídas por el rumor.

—Falta una—dijo el comisario.

—Aquí está—contestó Doña Isabel presentándose ante sus hermanas asombradas, que ignoraban que estuviese allí.

—De orden del Santo Oficio, dénse á prision las tres—dijo el comisario.

El terror privó del uso de la palabra á todos.

Los familiares se apoderaron de las tres hermanas, y el comisario tomó posesion de la casa y de todos los bienes en nombre del Santo Oficio y como una garantía para los gastos del proceso.

Don Felipe y Don Nuño fueron lanzados á la calle; igual suerte tocó á los criados, y los esclavos quedaron por cuenta de la Inquisicion.

Doña Isabel, Doña Violante y Doña Leonor, partieron llorosas y tristes en medio de los familiares, y casi no podian creer, sino que soñaban.

—¿Qué hacemos, hijo mio?—dijo Don Felipe.

—Señor—contestó Don Nuño—esperadme aquí, que voy á seguir sus huellas hasta que me sea imposible acompañarlas mas; voy á ver si averiguo el motivo de esta prision; en fin, no sé verdaderamente lo que voy á intentar, pero las sigo.

Don Nuño partió tras la gente que llevaba á su esposa, y Don Felipe, apoyado contra el muro de su casa, cuyas puertas habia sellado la Inquisicion, quedó como anonadado ante desgracias tan grandes.

Las horas trascurrian, y Don Nuño no volvia; el cielo comenzaba á teñirse con la luz de la aurora: los vientos

frios de la mañana hicieron volver en sí á Don Felipe.

A Don Nuño debia haberle sucedido algo, porque de lo contrario hubiera vuelto; quizá lo habrian aprehendido tambien; era preciso buscarle en la misma direccion que habían tomado los familiares, que era indudablemente la de las cárceles del Santo Oficio.

Don Felipe comenzó á caminar.

En una de las esquinas de la Plaza Mayor, vió un grupo de gente que se habia detenido mirando algo; sin saber por qué, su corazon latió con violencia; se acercó al grupo: lo que miraban era un cadáver.

Don Felipe creyó que soñaba; aquel cadáver atravesado por una terrible puñalada en el pecho, era el de Don Nuño de Carbajal.

Tanto infortunio hubiera doblegado un espíritu menos fuerte que el de Don Felipe; pero él tenia en sus venas la sangre de un héroe: recibió este nuevo dolor con resignacion, y no queriendo por mas tiempo dejar expuesto el cadáver del marido de su hija á la curiosidad de la indiférente multitud, le levantó entre sus robustos brazos, se lo colocó en el hombro, y echó á andar á la ventura, sin saber adónde depositaria aquella carga para él preciosa, sin saber adónde encontraría un refugio.

Era ya de dia, y todos, al mirar á un hombre que llevaba á cuestas un cadáver ensangrentado, y que caminaba al parecer sin rumbo, se detenian, se hablaban, y muchos comenzaron á seguirle.

A poco rato aquello era ya un escándalo, y un alcalde, acompañado de varios alguaciles, le salió al encuentro, le detuvo y le condujo á las cárceles de la ciudad.

Don Felipe obedeció sin replicar; llegaron á la cárcel, contestó con sencillez á cuantas preguntas se le hicieron,

y aunque Don Felipe era persona muy conocida en la ciudad, su calidad de criollo y lo que habia pasado á su hija con el Santo Oficio, hizo que no se le creyese bajo su palabra: los oidores de la sala del crimen mandaron sepultar el cadáver, y mantener en prision á Don Felipe hasta que se averiguase la verdad de los hechos.

Diez meses permaneció en la cárcel el desgraciado Carbajal, acusado por las apariencias del asesinato del marido de su hija; las declaraciones se sucedian, los testigos se multiplicaban, y los dias pasaban unos en pos de otros sin traer un consuelo á aquel desgraciado.

En una noche habia quedado pobre y solo en el mundo; toda su familia habia desaparecido, todos sus bienes estaban en poder de la Inquisicion, nadie se interesaba por él, y su causa iba como querian sus jueces.

Don Felipe habia adquirido una resignacion tan grande, que no exhalaba una queja.

Por fin, un dia las puertas de la cárcel se abrieron para dejarle salir, y se encontró libre; pero miserable, solo, sin conocer á nadie, sin saber á quién acudir para tener noticias de sus hijas.

Pero su amor paternal le dió resolucion, y se dirigió antes que á ninguna parte á las puertas del templo de Santo Domingo.

Allí estaba la Inquisicion, allí, si aun existian, estarian sus hijas.

Parado á la entrada de aquel templo, pasaba Carbajal los dias, sin encontrar á quien hacer una pregunta.

En las noches se quedaba ya en una casa en que por caridad le permitian dormir, ya en el cementerio de alguna iglesia, ya en alguna callejuela desierta, y expuesto al frio y á la lluvia; pero no desmayaba, porque creia que vigilaba á sus hijas.

Así pasaron tambien muchos meses.

Llegó así el año de 1575, y comenzaron á hacerse grandes preparativos para el primer auto de fé que debia celebrar públicamente y con grande solemnidad el Tribunal de la Inquisicion.

El terreno escogido para esta horrible ejecucion, fué una plazuela que habia frente á las casas que fueron despues el palacio de los marqueses del valle de Oajaca, descendientes de Hernan Cortés.

Don Felipe creyó que mezclándose con los familiares y con los trabajadores que preparaban los tablados y demás aparatos, sabria algo de sus hijas, y ofreció sus servicios, que desde luego fueron aceptados.

Se trabajaba durante todo el dia, y en las noches quedaban allí algunos veladores.

Una de esas noches tocó á Don Felipe quedarse, y se sentó algo retirado de una hoguera, al calor de la cual conversaba un familiar con un amigo suyo.

Don Felipe, á pesar de la distancia, percibió algo de la conversacion y oyó pronunciar su nombre.

—¿Con que tambien las Carbajales salen mañana? decia uno de ellos.

—Tambien—contestó el familiar—que ahora se puede de-

cir porque ya no es secreto, que mañana se leerán las sentencias.

—¿Y qué han hecho?

—Friolera! están convictas y confesas de judaizantes, y de que celebraban los sábados, y la Pascua comían el cordero, y señalaban sus casas con la sangre del cabrito, como dicen que hacían los judíos, y otras mil cosas.

—¿Con que así eran de malas?

—Sí, y lo que es peor, que tenían comercio con el demonio.

—¿Con el demonio?

—En carne y hueso, y eso que yo mismo lo ví.

—¿Cómo?

—Pues no es cuento, que despues que le dieron el tormento á las dos mas chicas, se quisieron seguir los señores inquisidores con la mas grande, y no pudieron aplicárselo porque estaba en cinta.

—Sí; pero esa, que segun dicen se llamaba Doña Isabel, era casada.

—Lo mismo pensaron sus señorías; pero cuando nació la criatura la madre se puso como una loca, y no la quiso ni ver, y gritaba como desesperada pidiendo de por Dios que le quitaran á la niña, que una niña era, que se la quitaran, que no le dijeran nada á su marido, porque aquella muchacha era hija del demonio.

—¡Jesus me favorezca!

—Y yo recogí á su niña y fuí á tirarla de órden de sus señorías; pero aquí va lo mejor, que la muchacha olía á azufre y tenía unos ojos azules pero como de lumbre, y como que me la dieron casi encueros, yo antes de tirarla pensé hacerle una señal para reconocerla, y dije: «Hija del demonio es, pues yo póngole una cruz,» y quise hacerle una cruz

con mi daga en la espalda, y me acerqué á una luz y la descubrí; pero ¡cuál seria mi horror al mirar que el demonio la habia marcado ya antes?

—¡Ave María Purísima! ¿Y cómo?

—Con una llama roja que tenía pintada en la espalda.

—¿Y qué hiciste?

—Me asusté tanto, que la dejé en la primera puerta que encontré.

—¿Se moriria?

—No; me dió lástima y me quedé allí cerca escondido para que no fueran á comérsela los perros; y tuvo la chica tanta fortuna, que á poco ahí está un caballero embozado que pasa: ella, como si conociera, lloró: el caballero la levantó, la abrigó con su capa y se la llevó.

—¡Mira qué cosa!

—Pues falta lo mejor: como hubo de doblarse el tormento á las tres hermanas y me tocó asistir á él, pude observar que todas ellas tenían la misma marca que el diablo habia puesto á su hija.

—Malas deben ser esas damas, y es lástima, porque dicen que son muy hermosas.

—Cuéntamelo á mí que las ví desnudas; de lo que poco hay: ¡qué piés, qué brazos, qué cuello! Vamos, si daba lástima ver cómo crujían aquellas carnitas tan suaves y cómo se crispaban aquellos miembros tan bien formados, porque les dieron el extraordinario.

—¿Y aguantaron?

—Algo, al fin confesaron; pero ya estaban muy maltratadas.

—¿Y ahora qué les van á hacer?

—¡Toma! A quemarlas por judías.

—¿Vivas?